

Lorenzo Meyer

Doctor en relaciones internacionales de El Colegio de México, con estudios de posgrado en ciencia política en la universidad de Chicago. Profesor e investigador de El Colegio de México y de varias universidades de Estados Unidos y Europa. Autor de una docena de libros y colaborador de Excélsior y Reforma. La Academia mexicana de la investigación científica le otorgó en 1974 el Premio en ciencias sociales.

Soy una persona que intenta usar su tiempo de la mejor y más responsable manera, y una de las formas de asumir la responsabilidad es trabajando.

Como profesional de las ciencias sociales tengo los valores propios de la investigación científica, que son fáciles de enunciar y difíciles de seguir: debemos realizar todas las tareas de investigación de acuerdo con los cánones dominantes en el área de nuestro trabajo; en mi caso, la ciencia política y la historia son los padres, los que juzgan si uno se metió bien en ese terreno o si es demasiado subjetivo. En cualquier caso todas las ciencias sociales son subjetivas, no se parecen a las ciencias duras como física y química; matemáticas es el caso extremo donde hay una sola verdad. Aquí la realidad es compleja, entran en juego muchas variables, hay una buena dosis de subjetividad, de prejuicios.

El avance principal de la vida colectiva mexicana es el desmantelamiento, demasiado lento y contradictorio, de un régimen de gobierno que se consolidó después de la revolución y se caracteriza por una enorme concentración de poder en la presidencia; incluso sus bases sociales, políticas y jurídicas están erosionadas. Ese es el gran avance en la vida política mexicana: el deshacernos de un sistema político no democrático sin caer, de nueva cuenta, en la guerra civil y la solución catastrófica...

Hay muchos momentos, no solamente en la historia de México sino en la de cualquier país, en que instituciones ya muertas en

su núcleo vital siguen funcionando, pero no generan la dinámica que originalmente tuvieron, pues ya no tienen razón de ser. México, al final del siglo XX, es muy distinto de aquel que vio el surgimiento de un partido de estado en 1929, que era un México rural, con poca educación formal, muy atrasado, y la introducción de la modernidad mexicana, de la urbanización, la educación, el contacto con el resto del mundo, abrió brechas en la muralla autoritaria que ahora está muy carcomida. Ese es el avance principal. El retroceso, a mi juicio, está en el tema de la equidad. La revolución mexicana no surgió de una lucha por la equidad, pero en eso concluyó cuando en los años treinta se hizo el gran reparto agrario y se insistió también en la realidad —pero sobre todo en el discurso oficial— en que el México del futuro sería menos contrastante que el del porfiriato, y donde las riquezas y las oportunidades estarían equitativamente repartidas. Sin embargo, este no fue el caso, sobre todo de los años ochenta a la actualidad. La inequidad creció, y cualquiera puede comprobarlo viendo las propias cifras oficiales de la distribución del ingreso del INEGI, ahí tenemos un retrato de la sociedad mexicana, con una alta concentración de la riqueza y la pobreza.

El actual presidencialismo mexicano está basado en el marco constitucional, con reglas informales, en los llamados poderes metaconstitucionales o francamente anticonstitucionales asumidos por la presidencia. Al perder la metaconstitucionalidad, se transforma la presidencia sin cambiar la Constitución. Si la Constitución se aplicara y el estado de derecho apareciera en México, ya no habría situaciones como la del uso discrecional del dinero, la compra de la prensa, las órdenes a los poderes Legislativo y Judicial, la no división de poderes. Una nueva Constitución no le vendría mal al México del siglo XXI, podría también hacerse una transformación en las bases legales de la presidencia y acotarla todavía más. La heterogeneidad mexicana en sus regiones, la amplitud de su territorio, la contradicción de los intereses, requieren de un punto más o menos claro y sólido de toma de decisiones y de responsabilidades políticas, así que la presidencia mexicana no es un hecho azaroso, la existencia de un Ejecutivo fuerte tiene razón de ser, pero no al punto de ahogar las otras fuentes de

posibilidades y voces del mundo político y la sociedad; una presidencia fuerte, pero no demasiado, no extraconstitucional y no anticonstitucional como ha sido el caso.

Los fundamentos políticos donde puede darse este cambio son dos: en primer lugar, nuestra propia experiencia; la mala experiencia del pasado siempre ha sido una de las guías en la formulación de constituciones; los mismos pasos en la Constitución de 1854 que en la de 1917, ¿qué podría pasar en la del dos mil y tantos? Por parte del constituyente siempre se trata de no repetir los errores del pasado, en este caso la concentración desmedida de poder en una sola persona; también deberían cerrarse las vías por las que puede mantenerse la impunidad. Por otro lado, una nueva Constitución no puede evitar el contexto mundial en que surja, el resto del mundo nos dirá también por dónde sí y por dónde no. Tal como están las cosas en este fin de siglo y de milenio, debe ser una Constitución donde la democracia política quede bien definida, salvaguardada, y donde los partidos políticos tengan un papel igualmente claro. Se tienen ya las experiencias de América Latina, que ha cambiado sus sistemas políticos —que en algún tiempo fueron ejemplo para el resto del mundo de lo que no se debía hacer—, y entre los países más desarrollados están Estados Unidos, Europa occidental, la transformación que ha tenido la Europa del este; en todos ellos encontramos modelos exitosos de nuestra propia experiencia, sobre todo para evitar errores.

¿Qué tipo de autoridades serían las responsables?: un congreso constituyente electo en elecciones no impugnadas, y de ahí en adelante buscar mejor suerte en nuestra historia electoral, asesorados por especialistas, es decir por abogados, y el hecho de que una Constitución debe estar muy bien pensada desde la perspectiva jurídica. Cualquier constituyente debe asesorarse con las mejores figuras en el mundo del derecho, pero sólo como asesores; el constituyente debe provenir de una elección que seguramente nos dará pluralidad, tal como lo mandan un buen espíritu y una forma democrática. La tarea principal es compaginar las diferentes visiones de México según la clase social, el partido al que se pertenece y la región de origen.

Históricamente, estamos retrasados, de eso no hay duda. Si nuestro marco de referencia inmediata es el resto de América Latina, con la que compartimos una historia colonial, y en gran medida también del siglo XIX, resulta que hay sistemas mucho más estabilizados en la rutina democrática; México está entre los países más atrasados del mundo, sobre todo porque hay un indicador innegable de nuestra falta de actualización en la modernización política, y es que tenemos el partido político que por más tiempo ha monopolizado el Poder ejecutivo en el planeta. No hay ninguna otra historia similar a la de México, ningún país puede decir que ha tenido un mismo partido en el control del Poder ejecutivo desde 1929 hasta el 2000, éste es el indicador de un atraso en el desarrollo político de México que nadie puede negar.

La posibilidad de un movimiento civil con derramamiento de sangre existe, pero es menor comparada con la de buscar un nuevo acuerdo político, porque a ninguno de los participantes le resulta racional una disputa violenta por el poder. Al menos al finalizar este siglo la idea de que la revolución acorta el camino a la transformación y a la justicia, ya ha perdido mucho terreno. La izquierda, que tenía un compromiso para llegar al poder por la vía violenta y con muy poco respeto por la democracia burguesa tiene ya una visión clara de obtener el poder por medio de las urnas. El resultado de muchas de las revoluciones del siglo XX fueron injusticias terribles, así que a los mexicanos no se les olvida que la violencia puede ser una vía bastante peligrosa para todos.

La lucha guerrillera nunca ha cesado en México. Si vemos con cuidado las historias, sobre todo las locales, el siglo XIX está plagado de movimientos guerrilleros, pero el siglo XX también. El uso de la violencia como forma de hacer política es racional cuando se cierran todas las otras vías, y en el caso de Chiapas es claro que se cerraron todas desde hace mucho tiempo, así es como el subcomandante Marcos aprovecha una situación que ya existía. Claro que es una figura real, ha sabido aprovechar todo al máximo con una inteligencia que sus enemigos no han mostrado. La debilidad básica de su enemigo es una debilidad moral, por eso cuando el secretario Gurría, que estaba en Relaciones exteriores y no en Hacienda, dijo que se trataba de una guerra de la Internet, tenía

toda la razón, pero no debió decirlo con desdén sino con admiración, porque ese grupo tan pequeño en uno de los estados más pobres de un país subdesarrollado supo aprovechar una de las posibilidades de comunicación más modernas y saltar el aislamiento militar al que lo sometió el gobierno mexicano y recurrió, no por la vía del fuego sino del argumento, de la lógica, a hacer ver su legitimidad ante el resto de los mexicanos y del mundo. El liderazgo de Marcos es formidable, pero la base social es anterior a él.

En un texto como este es difícil resumir con justeza las cualidades que debe tener a nivel profesional, intelectual y humanista el próximo mandatario del país, pero aún así, en una cascarilla de nuez — como dirían los estadounidenses —: debe ser un estadista, como los pocos que ha habido en la historia de México. Hemos tenido montones de políticos, la mayoría mediocres, regulares, muchos malos, pocos buenos, pero escasos estadistas, aquellos capaces de trascender sus intereses inmediatos para pensar en el futuro y sacrificar posibles ganancias inmediatas en aras de algo que ya no será ganancia para ellos, sino para el país. La política mexicana se ha ido mucho por el corto plazo, pero el mediano casi se ha olvidado, entonces el que venga y tenga la responsabilidad de ejercer el mando en México está obligado a ser un estadista. ¿Qué se necesita para ser estadista? En primer lugar, una fuerte fibra moral; luego inteligencia práctica, porque ha habido muchos con inteligencia práctica pero sin fibra moral; por ejemplo, Carlos Salinas, una inteligencia notable pero con ausencia de calidad moral, y cuyo mandato resultó un desastre. Esa es la calidad principal, la de Morelos y la de Cárdenas padre: su capacidad de ver a largo plazo y sentir el problema moral en que estaba México. La revolución estaba en deuda con las clases populares, y Cárdenas hizo que se pagara. Con él se acabó la revolución.

Si a la oposición le llega la responsabilidad de ejercer el mando a nivel superior, puede darnos una sorpresa, sí puede aparecer el gran estadista. Hasta ahora, la figura que más me llama la atención es la de Cuauhtémoc Cárdenas por un hecho muy importante: pudo aguantar la guerra cotidiana que le hizo una presidencia sin límites, con una cantidad enorme de recursos a su disposición, y

no lo hicieron desaparecer. La verdad es que el sistema que surgió de la revolución siempre destruyó a los otros opositores; Cuauhtémoc Cárdenas ha dado la batalla una y otra vez, ese hecho me llama la atención pues no es muy común en la historia mexicana.

La falla más grave de México no es nuestra, es de la mala suerte, el hecho terrible de que México se liga al mundo moderno como una colonia y no como una sociedad capaz de ejercer sus propias decisiones. Trescientos años de colonia, de verdadera colonia, no de imitación o ligera semejanza no es poca cosa. Por ejemplo, Estados Unidos y Argentina no tuvieron la experiencia colonial que tuvo México porque eran zonas casi vacías donde llegó una ola de migración europea, y el bien o mal que hayan hecho, lo hicieron como sociedades independientes; pero México era una sociedad con alta densidad demográfica, con una estructura social bastante compleja, una sociedad original hasta antes que la encontraran los europeos, esa es una situación inusual en el mundo. A México el contacto le vino de golpe en un tiempo extraordinariamente corto, sufrió una derrota tanto militar como moral; el universo se colapsó, fue un cataclismo y después de eso casi no le quedaron más ánimos que para sobrevivir 300 años. Esta es la historia terrible de una sociedad compleja totalmente derrotada y subordinada a las decisiones de España, un país que emergía como uno de los países modernos y de las estructuras políticas modernas del mundo en los siglos XV y XVI; ese sometimiento, junto con la destrucción de una civilización completa, son el origen de muchos de nuestros problemas. Es una experiencia que pocas sociedades en el mundo han tenido. ¿Es error nuestro? No, es simplemente mala suerte de nuestra historia que nos dejó un sello del cual todavía no nos desprendemos, y dudo que nos desprendamos por mucho tiempo en el futuro.

Hay un paradigma que deberíamos renovar, pero no lo vamos a hacer porque ya es muy tarde, me refiero a la originalidad mexicana. No estaría mal recuperar algo de ella en vez de ser una pobre copia de Estados Unidos; la clase dirigente mexicana no es más que eso: una pobre copia de Estados Unidos y le da pocas posibilidades al resto de la sociedad. No sé si se pueda mantener esa originalidad porque como simples seguidores de lo que pasa

al norte de la frontera, estamos condenados a llegar siempre tarde a todo. Otro problema en el cual sí podemos hacer algo es la desigualdad, que es la marca de la sociedad mexicana por lo menos desde la conquista y la colonia; es un problema tanto social, como político y moral. Durante siglos, el país se basó en la idea de que hay diferentes calidades de personas y que la pigmentación de la piel significa que hay gente de mayor calidad que otras; esa idea de las diferencias entre las personas que son congénitas debería ser cosa del pasado y, sin embargo, sospecho que sigue existiendo una parte de la sociedad mexicana que ve a la otra como inferior, en eso sí podemos y debemos de actuar. Urge resolver el problema de la desigualdad entre las personas, las clases y las regiones, no creo que haya otro más urgente. Claro que hay un caudal de problemas sociales enorme, las propias del subdesarrollo y la educación. La política educativa fue uno de los orgullos de la revolución, pero ahora tenemos una malísima calidad de la educación pública, una fuerte crisis en la UNAM; estamos atrasados y la única manera de disminuir parte de este atraso es con una educación masiva de gran calidad. Los responsables de la educación en México han sido personas que no son profesionales en ese ramo. Veamos los últimos secretarios de Educación: Ernesto Zedillo es uno de ellos, ¿qué sabía él de educación?, y ¿no le propuso a Roberto Madrazo venir a México a la Secretaría de educación para resolver un problema político de Tabasco? Esto quiere decir que se tiene en muy poca estima el tema de la educación.

Sobre la cuestión de si existe alguna ley de nuestra Constitución o en algún reglamento institucional que señale el perfil que deben tener nuestros funcionarios políticos, no existe. Sin embargo, el buen político es multifacético. Debería existir un servicio civil de carrera tal y como existe en una buena parte de los países desarrollados, la especialización debe ser la burocracia, pero una burocracia muy bien especializada con incentivos.

Alguien debe estar al tanto de lo que ocurre en mexicano, pero el campo en general, no solamente en México sino también en los países desarrollados, el campo está despoblándose. Hasta hace poco tiempo, México fue una sociedad campesina desde sus orígenes prehispánicos, pero ya no lo es y probablemente no lo será

nunca. Entonces, el problema del campo estriba en las actividades alternativas; la tecnología actual puede hacer que la producción de alimentos la realice muy poca gente; aunque en los países del tercer mundo es una actividad que concentra una buena parte de la población, de cara al futuro, México ya no está en el campo.

La pérdida de confianza en el porvenir colectivo es una de las grandes pérdidas en el siglo XX. Durante un momento significativo, la revolución mexicana nos dio cierta confianza. Las pocas encuestas de opinión realizadas en los años sesenta mostraban cierto orgullo de los mexicanos por su revolución y por lo que habían conseguido. Hay una encuesta muy famosa dirigida por un par de politólogos estadounidenses, Gabriel Almond y Berba, en un libro llamado *The civic culture*, donde hay un capítulo dedicado a México. En esa encuesta descubren que, en una muestra representativa de la opinión pública, los mexicanos estaban conscientes de las debilidades de su sistema político y de que no era un sistema democrático, pero estaban muy satisfechos en términos generales. Pero ese ya no es el caso; ahora todas las encuestas de opinión pública y el sentido común nos llevan a destacar la falta de credibilidad en México de todo lo que hay en términos de política, de acción y proyecto colectivo hacia el futuro. ¿Cómo estar orgullosos de nosotros mismos? Un primer paso es cambiar el sistema político, que nos acerquemos a lo que el resto del mundo y nosotros mismos ponemos como estándares de modernización, un sistema donde la corrupción no sea la característica principal; en particular, la impartición de justicia. Si llegamos a tener confianza en la justicia, aunque sigamos siendo un país subdesarrollado, podrá recuperarse la confianza en el país, es quizá uno de los aspectos más brillantes y atractivos de la revolución mexicana dentro de todo lo destructiva que fue; dentro de sus componendas y sus corrupciones del principio, logró construir esa especie de orgullo colectivo que llegó hasta principios de los sesenta, cuando empezó el desastre.

La solidaridad social es particularmente atractiva, todas las sociedades desearían vivir un sentido de solidaridad.

Históricamente, nuestro país vive un desastre; una etapa de cambio, estamos dejando de ser lo que hemos sido casi todo el siglo XX,

pero todavía no construimos las instituciones para el siglo XXI. Estamos en una etapa triste, desafortunada; todo se está cayendo y nada está surgiendo con la misma velocidad. Por otro lado, es un momento de oportunidades: se cayó nuestro sistema, nuestras cortinas (y no de hierro), se cayó el modelo social de nopal.

México tuvo su historia oficial y era un sistema autoritario, tuvo su visión oficial en los libros de texto y en muchos artículos o monografías. En el caso del mexicano, ¿qué presidente no usó algo de la historia para justificarse? Aun el más lerdo entre ellos lo hizo; incluso al menos intelectual alguien le escribía algún discurso donde hacía referencia a la historia, y la historia era una de las razones con las cuales justificaba su poder. La historia nunca termina de hacerse, es un proceso inacabado, el juicio sobre el pasado es siempre un juicio parcial pendiente de otro. No hay forma de tener la historia mexicana, son procesos de interpretación que cambian conforme se transforman las escuelas, los intereses políticos, la clase social a la que pertenece el historiador y las técnicas de historiar; es una tarea inacabable y siempre habrá varias interpretaciones.

Nos dirigimos hacia una nueva cultura y hacia una sucesión de culturas temporales. Durante un tiempo algunas ideas se mantienen por encima de otras, pero al paso del tiempo se les cuestiona, caen y surgen otras. Si quiere estar viva, la cultura siempre tiene que cambiar. Son varios modelos sociales, depende de nuestra clase social, del país al que pertenecemos, nuestra tabla de valores, nuestra visión de la vida. Muchas culturas conviven; ahora convive la cultura del yupi con la que busca el joven clasemediero aquí o en Estados Unidos, y dedica toda su energía a la acumulación de riqueza con la cultura marginal, del que busca en otros ámbitos que no sea la acumulación de capital la realización de su vida, pueden convivir muy bien, siempre han convivido o se han confrontado pero en el mismo espacio; en la misma sociedad están varias culturas.

Hay algo de homogeneidad en la globalización, innegablemente; la manera en que se fabrica un automóvil o se desarrollan los sistemas de transporte y de comunicación, hacen que todos tengan estándares similares, pero esa es sólo una parte de la vida. Hay

más cosas en la existencia cotidiana del individuo y de los grupos que permiten mantener las diferencias.

Para el año 2010, visualizo a México económica, política y socialmente, por un lado sí hay una gran velocidad, por otro lado hay imposibilidad de transformar a México en diez años en algo que sea totalmente distinto a lo que es hoy. Será muy similar, habrá una gran asimetría en la sociedad y, si las cosas van como ahora, la concentración de la riqueza será insoportable. Espero que haya un cambio político y el régimen sea plural y democrático. Para el 2010, si el país no ha caído en la ingobernabilidad, si hay un cambio en el sistema de gobierno, si la oposición llega, si el Poder legislativo realmente se convierte en un poder y le da un espacio al Poder judicial, probablemente seamos testigos de una mejora relativa en la distribución del ingreso, en la impartición de justicia, y haya una mayor esperanza colectiva de la que tenemos en este momento.

No alcanzo a entender el futuro de México, me cuesta trabajo, y muchísimo más me cuesta entender el futuro del planeta. Lo único que veo es que la velocidad de las comunicaciones es francamente sorprendente y me considero incapaz de mantenerme al tanto de la información de que dispongo. Estamos superinformados, el mundo se ha reducido enormemente. Quedan misterios por conquistar en el gran mundo que va más allá de nuestro planeta, o en el pequeñísimo de las partículas — probablemente ahí estén los nuevos universos por conquistar —, pero en éste que nos movemos cotidianamente ya no hay muchos misterios. La ecología es un problema terrible, le hemos causado irreparables daños al planeta, y sin embargo el crecimiento de la población se detiene poco a poco, no hemos llegado a la estabilidad y mucho menos a la disminución, pero nos acercamos a ese punto. Tenemos más control sobre nosotros mismos, pero lo único cierto es lo incierto del futuro.

Dios, para mí, es la explicación de lo inexplicable; es algo tan antiguo como la humanidad, es el misterio de la vida.

18 de agosto de 1999